



1r ACCÈSSIT CATEGORIA ADULTA

GEMMA SOLSONA ASENSIO

SI CELESTE SUPIERA

Esta tarde, cuando descubrí a Celeste en mi salón, sentí un leve escalofrío. Glacial, como solo pueden serlo los temblores que proceden de la sorpresa y el susto. Pero también un poco dulce, similar a esas cosquillas que te acarician los dientes al mordisquear un helado de turrón —los favoritos de Celeste—. Y es que verla, pese a que fuera de esa forma tan peculiar y súbita, me complació sobremanera —una vez superada la primera impresión, claro—. Me guardé bien de confesárselo —lo de ese temor inicial— y caminé hacia ella con pasos de algodón, por miedo que la espantada fuera Celeste y se me esfumase sin decir esta boca es mía. Me senté en una butaca frente a ella, tal y como hacíamos cuando venía de visita y se nos iban las horas charlando de nuestras lecturas; de antiguas anécdotas y compañeras de escuela; o del secreto de mis plantas siempre hermosas y el de sus galletas de miel y jengibre, crujientes como las enaguas rojas que el capitán Butler regaló a la vieja Mammy —y es que ¡cuántas veces habíamos visto juntas esa escena!—. Incontables menudencias, al fin y al cabo, que durante años nos hicieron la vida más tolerable.

Admito que tardé varios minutos en alzar la vista de sus zapatos Oz —así llamábamos a esos botines color rubí que nos recordaban a los de “Dorothy Garland”— porque me extrañaba que estuvieran tan pulcros y brillantes, sin una sola mota de polvo. Además, lo reconozco, me daba apuro enfrentarme con el rostro de mi amiga, no fuera a tropezar con nada corrupto, ausente o fuera de sitio. Al fin, Celeste golpeó el suelo con el tacón de su zapato izquierdo y el repiqueteo insistente no tuvo nada de sobrenatural. Me atreví entonces a levantar la mirada y la observé con más calma. No hice la más mínima referencia a su palidez extrema, no quería contrariarla, no en su estado. Tampoco osé mencionar que sus ojos tenían el color de la niebla y que estaba tan descolorida que ni el lunar de su mejilla derecha se le distinguía ahora, al menos desde donde yo estaba —no me acerqué demasiado, ay, por si en vez de la peca coqueta descubría allí trozos de hueso—. Y mucho menos le comenté lo del leve olor a naftalina y huevo podrido que flotaba a nuestro alrededor, muy alejado de su habitual aroma a violetas frescas. Sin embargo, por lo demás... Sí, sí, no había duda de que era Celeste, solo que un poco más desvaída.

¡Ah! Me duele afirmar que no supe qué decir durante los primeros diez o quince minutos. En mi favor añado que ella tampoco se mostró parlanchina. Las dos sonreíamos, inmóviles como soldaditos de plomo, sin atrevernos a romper el silencio que se interponía entre ambas con la frialdad de la muerte. Esto lo pensé y me lo quité de la cabeza al instante, no consideré que fuera apropiado. Ay, pobre Celeste, si supiera... Ella habló primero —siempre fue la más atrevida—. Y todo fluyó después. Conversamos como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubieran pasado casi diez años desde aquella mañana soleada en la que vi por última vez los zapatos Oz y los imaginé calzando los pies diminutos de Celeste en la oscuridad vacía. Hablamos del libro que me esperaba en la mesita de noche, de la última película que disfrutamos juntas y de que habían regresado los mismos cuadros escoceses que adornaban nuestro uniforme de colegialas. Celeste rio, al recordar cómo ella



se acortaba la falda y mi abuela se la estiraba cuando la veía entrar en casa. Día tras día, lo mismo, sí, porque era Celeste quien venía a recogerme para ir juntas hasta la escuela, cogidas de la mano, inseparables...

¡Todo fue tan habitual! Aunque compartimos más recuerdos que novedades y las menudencias de antaño, ahora, además, nos hicieron la distancia entre la vida y la muerte un poco más corta. Hablar con Celeste fue como calzarse unas zapatillas viejas al regresar a casa, tras haber caminado horas sin rumbo. Solo unos pocos detalles perturbaron mi ánimo. Encendí un cigarro y no me atreví a ofrecerle otro, por miedo a que mi amiga fuera más etérea que el humo y se dispersara como colillas al viento. Ni pude obsequiarla con un trozo de tarta o un vasito de helado de turrón. Qué pena daba la mesa desnuda, tan repleta de dulces siempre que Celeste venía. Pero es que no quisedar pie a malentendidos u ofensas, que desconozco si, en su condición, una tiene todavía hambre o sensación de gusto... Eludí también mencionar que Laura, la vecina del sexto con quien jugábamos al mus y salíamos de paseo los domingos, había muerto la semana pasada; que Armando, mi ex, falleció hacía apenas dos meses; o que la prima Elvira también se marchó a principios de año

—en el fondo, Celeste y ella nunca congeniaron del todo—. Algo me dice que yo lo sabía, porque mi amiga tenía el instinto de los gatos y eso no creo que lo cambie un simple traspaso. Y quién sabe si allí donde está, las noticias de los difuntos recién estrenados les llegan antes, incluso, que a los que seguimos vivos. No obstante, por si acaso, tampoco le conté que solo quedaban en este mundo un par de nuestras antiguas compañeras de escuela y que yo cada vez me sentía más sola. Y triste. Ay, si Celeste supiera...

Pasó el rato y no me di cuenta de que nos habíamos quedado casi a oscuras. Al contrario de lo que yo suponía —tras haber leído cientos de cuentos de espectros—, Celeste parecía desvanecerse a medida que anochecía, a tornarse ligera como una cortina de vapor pendida de la nada en mitad de mi sala de estar. “Tengo que irme, se hace tarde” exclamó de repente, removiéndose inquieta. No entendí sus urgencias, con toda la eternidad por delante, y suspiré resignada sin saber muy bien cómo decirle adiós. “¿Cuándo volveremos a vernos?” me atreví a preguntar, en un susurro. Pero no me dio tiempo a escuchar su respuesta y mi amiga se esfumó igual que un ratón asustado.

Tras su marcha, he observado con detenimiento cada sombra, arruga en la cortina y hueco en el sofá, como si por ahí quedara algo de ella. Sin embargo, estoy sola, otra vez. Pero adivino que aquí, allá arriba o más abajo —que no sé muy bien a dónde iremos a parar algún día— volveré a verla. Y creo que será muy pronto, que igual no se atrevió a anunciar que había venido a buscarme, como cuando éramos niñas e íbamos juntas hasta la escuela. Además, tras su visita inesperada, ya no siento tristeza ni miedo y solo anhelo reunirme con ella.

Y ver de nuevo a cada uno de mis viejos —y añorados— fantasmas.

PSEUDÓNIM: CARMILLA